

prendió su continuación y la gran bóveda de piedra que hoy la cubre, y costeó una y otra, por cuya razón se puso el escudo de sus armas en cinco claves de ella, como se ve en los apuntamientos del laborioso donado Ramón Calafat.

Mas tratando del autor de estas obras, damos con otra noticia no menos aventurada que las del padre Hebrera. Tráela otro analista franciscano, y tal es, que me dió tanto gozo el leerla como enfado al descubrir su incertidumbre. El ilustrísimo Gonzaga, en su *Origen del orden seráfico*, donde trata de la provincia de Mallorca, después de atribuir al rey don Sancho la fábrica de este convento, que como hemos visto, empezó en tiempo de don Jaime II, su padre, y después de ponderar la grandeza y elegancia de su iglesia, pasa á hablar de la obra que se hizo en ella en tiempo del señor Cima, con esta expresión:

*Caeteri ii (caeterum) duo fratres uterini, cognomine Asinelli, qui ejus turris Bononiae sub eodem nomine erectae, officices fuere, extremam hujus ecclesiae partem belgico more construxerunt. Unde in praecipuo hujus loci claustro, lapideo sepulchro aere contexto, eorum corpora recondi meruerunt.*

Pero la última parte de esta iglesia fué construída á la manera flamenca, por dos hermanos uterinos, llamados Asinelli, los mismos que edificaron en Bolonia la torre de su nombre, por lo que merecieron que sus cuerpos fuesen enterrados en lugar principal del claustro, en sepulcro de piedra, cubierto de bronce.

Ahora pues, ¿quién no se engañaría á vista de noticia tan circunstanciada? Ni ¿quién sospecharía que un religioso que se puede reputar español, pues Gonzaga, aunque nacido en Mantua, tomó el hábito é hizo sus estudios en Alcalá; que fué empleado como embajador por nuestra corte; que con este título y el de general de su orden anduvo mucho tiempo por Italia; y sobre todo, que de ella tuvo ó pudo tener las más puntuales y auténticas noticias; quién, repito, sospecharía que con tales señales nos diese noticias tan groseramente equivocadas?

Pues de este jaez son, amigo mío, las que usted acaba de leer. Después de mil diligencias, hechas para descubrir el tal sepulcro de piedra, forrado en cobre, en el claustro de San Francisco, salimos con que ni existe, ni existió allí, ni hay en el convento rastro, memoria ni tradición alguna de tal lápida ni tal cobre ni tales arquitectos, hermanos de vientre; y añada usted á esto que de una diligente colección de memorias

sepulcrales, sacadas de libros auténticos de San Francisco, y protocolos públicos, por el hermano Ramón Calafat (de quien ya hablé á usted en otro lugar) resulta que jamás fué conocida en aquel claustro sepultura de ningún arquitecto del convento.

Añada usted también que tratando de ver si por la obra de Bolonia, de que habla el cronista Gonzaga, podía yo sacar alguna luz acerca de los arquitectos de San Francisco, he venido á descubrir que la torre de Bolonia, llamada *de gli Asinelli*, fué construída en 1107, esto es, más de un siglo antes que Mallorca saliese de poder de los moros. Por lo menos así lo asegura el autor de la descripción de Italia (9). Y ahora fíese usted en noticias de letra de molde, y en títulos y campanillas de los que escriben é imprimen cuanto oyen ó sueñan.

No he dejado yo de sospechar que siendo por aquel tiempo conocido en Cataluña el apellido *Acinellas* ó *Alcinellas*, pues le hallo en instrumentos de 1392, pudo llamarse así el arquitecto de nuestra obra, y nacer de esto la equivocación de Gonzaga; pero lo más probable es, que pues en tiempo del señor obispo Cima había en esta varios arquitectos de primera nota, como verá usted en mi apéndice de la fábrica de la Seu, fuese alguno de ellos el que trabajó en la de San Francisco.

Hame ocurrido también que lo del sepulcro lapídeo, cubierto de bronce, pudo verificarse en el del señor Cima, que fué enterrado en San Francisco, aunque no en el claustro, sino al pié del altar mayor, como resulta de los apuntamientos del donado Calafat. Mas tampoco podemos aclarar esto, pues que con motivo de cierta cava ó subterráneo, hecho en el siglo pasado para enterramiento de los frailes, fueron removidos de allí los antiguos sepulcros, y entre ellos el de aquel insigne bienhechor de la iglesia. Y ¿lo creará usted? No solo no se repuso la antigua memoria, sino que tampoco se substituyó otra en su lugar, como la piedad y gratitud requieran, y lo que es más, no se sabe adónde fueron á parar sus despojos.

Acabemos, antes de pasar adelante, desvaneciendo otra patraña, á que dieron lugar dos bultos, que á manera de cabezas se perciben sobre la clave del arco principal de la iglesia, pues que también se decía en el convento que allí se ha-

bían depositado las cabezas de sus arquitectos. Por fortuna, con motivo de cierta embarradura que se hace actualmente en la bóveda de la iglesia, pude yo examinar este punto. Y ayer mismo mi dibujante, embarcado en un cajón aereostático, subió al altísimo andamio, desde donde observó que lo que allí había eran dos cabezas entalladas en el frente de la clave, las cuales bosquejé, y su forma es esta (a).

De ella infiero yo que la cabeza de la derecha, en que parece alguna forma de cerquillo cerrado, es el retrato del ilustrísimo Cima, que costeó la bóveda, y la de la izquierda, con barba larga, la del maestro arquitecto que la ejecutó, y cuyo nombre yace en el olvido. Alguno ha querido inferir que las tales cabezas representan al rey don Jaime el Segundo y á su hijo fray Jaime, pero habiéndose ejecutado la bóveda por otro bienhechor, y siendo obra de los fines del siglo XIV, tén-golo por improbable.

Pero vamos á noticias más ciertas, para que usted no diga que pretendo contentarle con patrañas y conjeturas.

Aunque estaba concluido el cuerpo principal de la iglesia, fuéronse después construyendo unas y renovando otras de sus muchas capillas. Una de aquellas, dedicada á la Virgen María, y llamada también del *Beato Ramón Veil*, merece distinguida memoria en este apéndice, así por los objetos á que está consagrada, como por el sujeto que la hizo construir.

El doctor Juan, ó Pedro Juan Llobet, el más célebre de los sectarios de Raimundo Lull, y acérrimo defensor y propagador de su doctrina en el siglo XV, fué también muy celoso en la preservación de las cenizas de aquel extraordinario varón, las cuales, al parecer, no estaban á tan buen recaudo como la alta opinión de su talento y virtudes merecían. Con este objeto trató de consagrar á su memoria una nueva capilla, y consta que se hallaba ya construída en 1448.

Para evitar equivocaciones, antes de hablar de esta capilla prevendré á usted que no es la que hoy tiene el nombre del *Beato Ramón Nou* (10) y en la que se le da culto, por más que no fuese este el objeto de su erección ni en ella esté su sepulcro. De esta última, que es harto más antigua, aunque remodelada, hace el padre Custurer el siguiente elogio: «En

(a) Estas dos cabezas faltaban en el original de donde se sacó la copia.

esta misma iglesia tiene (R. Lull) su capilla propia y retablo, de hermosa arquitectura, de obra coríntica y compuesta, dorada y estofada con relieves, y en ella su altar, en que se dice misa, estatua con rayos y lámpara que arde. Al pié de la estatua se lee esta inscripción: *Beatus Raimundus Lullius, martir...* El pavimento, los balaústres que la cierrán y otros adornos son de piedra fuerte bruñida y de varios colores y embutidos. Adórnanla hermosos pinceses de su vida y hechos. Costara la fábrica pasadas de cinco mil libras, según la deposición del arquitecto que la fabricó, la cual habemos visto firmada de su mano.»

Esto Custurer; pero el buen padre, con el descuido ó menosprecio de la memoria de los artistas, que por desgracia es demasiado común, nos calló el nombre de este arquitecto, que nos pudo dar en media línea, y hubiera lucido harto más que otras menudencias, de que están atestadas sus notas.

Hecha esta prevención, volvamos á la capilla de Llobet, quien teniendo por objeto el decoro y la seguridad del cuerpo de su maestro, ideó también á este fin la traza de un magnífico monumento, y le empezó y continuó hasta su muerte. Es todo de piedra de Santañi; pero tan singular por su invención, por su arquitectura y escultura, y por sus muchas y raras alegorías, que merece una menuda descripción; y yo me detendría á hacerla, si no se hubiese tomado ya este trabajo el citado Custurer en sus *Disertaciones lulianas*, donde además de interpretar el sentido de las alegorías que contiene, publicó la traza en una estampa que anda al frente de su libro, y representa fiel, aunque groseramente, el sepulcro, y á ella me remito.

Ahora no cabe duda en que la traza de esta obra, así como la de la capilla en que está, fué del mismo maestro Llobet, porque así lo asegura un testigo coetáneo, conterráneo y de mayor excepción para el asunto (11).

Muerto Llobet á principios de 1460, el maestro Gabriel Desclapes, su discípulo y sucesor en la enseñanza del sistema luliano, canónigo entonces de Barcelona y consejero de don Juan II de Aragón, escribió desde Gerona, donde le halló esta noticia, y con fecha de 24 de mayo de aquel año, una carta consolatoria á sus discípulos de Palma, en la cual, entre otras cosas, les dice:

*Totes ses obres dirigia à fi de augmentar y honrar la doctrina del benaventurat Ramon Lull, com à fael dexepte seu... edificà acabadament aquella magnífica capella, en la qual pogues estar transferit lo reverenciabile cos del ya dit felicissimo mestre Ramon Lull; y tenia pensat y trassat un singular y bell orden per exornar la sepultura representant memoria suficient del contingut en aquell, com se veu en los principis allí colocats.*

Todas sus obras dirigia al fin de aumentar y honrar la doctrina del bienaventurado Raimundo Lull, como fiel discípulo suyo... Edificó con toda perfección aquella magnífica capilla, á la cual pudiese ser trasladado el venerable cuerpo del sobredicho felicísimo maestro Raimundo Lull; y había ideado y trazado un singular y bello diseño para adornar el sepulcro, que representase suficiente memoria de lo contenido en él, cómo se ve en los principios que están allí colocados.

Ya ve usted que aquel haber ideado una planta ó diseño, como traduce Custurer, tratándose de una capilla que estaba ya acabada, y de un monumento empezado á construir, basta para mirar al maestro Llobet como á su único arquitecto. Pero además la misma obra acredita en su forma que solo pudo ser inventada por un lullista, más atento á recomendar en ella el carácter de su doctrina que no el de la arquitectura, de cuyos tipos se apartó de propósito, para que la idea fuese tan singular como el objeto á que se consagraba. Ni crea usted que un sabio de aquel siglo y escuela se desdénase de hacer esta traza, pues que ni entonces era raro el que algunos sabios se diesen al estudio de la arquitectura, ni hay quien ignore que los antiguos lullistas se blasonaban de *omniscios*, y aseguraban que por medio del arte magna se podía alcanzar la enciclopedia de las ciencias.

Aunque el maestro Desclapes habla de este monumento como que estaba en sus principios á la muerte del doctor Llobet, cree Custurer que su autor dejó acabado el primer cuerpo, salvo las siete estatuas, que todavía faltan en él. Lo que resta pertenece propiamente al sepulcro, y trabajado años después, como iremos viendo.

Ya dejo dicho que en tiempo de Llobet no estaba á buen recaudo el cuerpo de su venerable maestro; pero acabada su capilla en 1448, parece que fué trasladado á ella, según opina Custurer, aunque no consta donde se colocó, y desde luego no pudo ser ni en la urna destinada para guardarle, ni en el segundo cuerpo que debía contenerla, pues que uno y otro se construyó mucho después.

Estas obras fueron hechas muchos años después, y de ellas

daré á usted individual noticia, como de cosa más conducente á mi propósito.

Parece que hacia el año de 1481 se supo que el cuerpo del venerable Lull se halló fuera del lugar do se le había depositado, y estaba con poco resguardo y seguridad en la sacristía del convento. Con este motivo los jurados de la ciudad, que siempre contaron las cosas de tan ilustre paisano entre las de público interés, trataron más de propósito de su seguridad y decoro, y fueron sucesivamente tomando varias providencias, en que no me detendré por no interrumpir mi narración (12).

Una de ellas, que pertenece ya al año 1487, fué tratar de la conclusión del sepulcro, construyendo una urna de alabastro (13) para depositar el cuerpo, y una capilla ó nicho para colocar la urna y coronar la obra.

Confiaron uno y otro á dos hábiles profesores del país, la urna al presbítero mosén Francisco Sagrera (14), cuyo apellido renueva la memoria de una familia muy ilustre en la historia de las artes mallorquinas, y la parte de arquitectura al honorable Juan Vicens, que según el distinguido título que le dan los jurados en su acuerdo, no debía ser un artista vulgar.

El presbítero Sagrera fué más diligente ó más apremiado en la ejecución de su obra, pues que la hermosa urna de alabastro se concluyó en la forma que hoy se ve en el monumento, con varias entalladuras y bajos relieves, de que dará razón el padre Custurer, y aunque este jesuíta infiera que no está del todo acabada por el rellano que se ve en su remate, y supone destinado para recibir una estatua del héroe, tengo para mí que se engaña en su juicio, porque ni es extraño tal remate, ni en él cabría tampoco urna ni estatua que no fuese muy mezquina, y agena del buen gusto que muestra lo restante de su trabajo.

El segundo cuerpo, que se encargó al honorable Vicens, se reduce á una cosa que yo llamaría ático, si á plan de tan extraordinario gusto pudiera acomodarse la nomenclatura del arte. Aquí lo llaman capilla, y en efecto se le puede dar este nombre, porque es un nicho bastante alto y fondo, cubierto con una graciosa bovedita formada por cuatro arcos, que partiendo de sus ángulos, suben á unirse en una sola clave, según el gusto ultramarino. Al exterior, que tiene la forma de una alta portada, cubren como cinco partes de sus jambas

unas pilastras con cuatro pequeños nichos, abiertos en el frente de cada una, como para colocar ocho estatuillas, y sobre cuyo capitel están dos animaluchos. Á la espalda se descubre el arco, medio cubierto con la cenefa de las cortinas que se le han sobrepuesto para ocultar la urna de alabastro, que sobre un zócalo de vara y media de largo se levanta en lo interior del nicho, y que remata en una pirámide cortada en su ápice, que tendrá de alto dos palmos. Describir los accesorios de esta obra fuera muy largo. Usted buscará el libro del padre Custurer en la biblioteca de la universidad, donde no puede faltar, pues que reúne todos los que fueron de los jesuitas de ahí. Y al fin, si faltare, veremos cómo formar un rasguño, para que tenga usted idea de este rarísimo monumento.

Salgamos ya de él para decir á usted que mientras se trataba de concluirle, y cuando iba á engrandecerse con la insigne capilla del Rosario la obra de Santo Domingo, la de San Francisco, herida por un rayo que cayó en ella en el mismo año de 1480, perdía su hermoso frontispicio, con las dos claves de su iglesia que le seguían, las dos primeras de sus inmediatas capillas, y el antiguo coro que las cobijaba. Esta ruina tardó mucho en repararse, sin duda porque la guerra encendida de muy atrás entre claustrales y observantes, y que se prolongó por el siguiente siglo, quitó á los primeros la gana de reedificar una obra de cuya posesión temían ser expelidos, como efectivamente lo fueron, por los segundos. Aun éstos, establecidos en ella, después de muchas idas y venidas, en 1567, tardaron todavía en poderlo hacer. Por fin halló que ya se trataba de ello en 1618, en que se acordó suprimir una clave con las dos primeras capillas que contenía; que en 1621 se acabó el nuevo frontispicio, salvo la portada, de que hablaré luego, y que entre tanto se trabajaba en la segunda, hoy primera clave, que edificó en 1626 el guardián fray Rafael Burguera. El frontispicio actual es de forma muy sencilla y grandiosa, atendida la cual, no tengo duda que se copió de la del antiguo. Costearonle la munificencia del señor don Felipe IV y la piedad de la ilustre cofradía de San Jorge y del colegio de mercaderes. De sus autores nada he podido averiguar, si ya no fueron los que poco adelante trabajaron en otra obra, que es aquí muy ponderada.

Hablo de la cisterna abierta en el claustro grande del convento, y de cuyas aguas no sólo bebe la comunidad, sino buena parte de la población vecina. Es notable por su solidez y capacidad, pues tiene cien palmos de fondo, cincuenta de ancho y ochenta y cinco de largo, con su brocal al exterior, bien trabajado, puerta, escalera y demás necesario para su buen uso, limpieza y conservación. Construyóse desde 10 de diciembre de 1635 hasta 4 de agosto de 1638. No se puede determinar quién fuese su autor, porque en los libros de cuentas de la obra suena un gran número de oficiales empleados en ella á un mismo tiempo. Parece que era el principal Pedro Orrac, pues que se le nombra siempre con alguna preferencia. En el frente del brocal se ven esculpidas las armas del señor obispo franciscano Santander, que gobernó esta diócesis desde 1632 hasta 1644, y obtuvo esta distinción por haber costeado gran parte de la obra, y entalló su escudo Antonio Boinecor, escultor de Palma.

Este generoso prelado señaló su sepultura, y fué enterrado en la iglesia de que vamos hablando; pero en la devastación que hizo desaparecer el sepulcro del señor Cima, pereció también el de este otro bienhechor del convento. Con todo, á la diligencia del donado Calafat debemos la conservación de la inscripción, que á lo que dice, estuvo grabada en una piedra negra, bajo el último escalón del presbiterio, y era ésta:

*Seulchrum Illustrissimi ac Reverendissimi D. D. Fr. Joannis de Santander, ordinis Sancti Francisci. Obiit XXV januarii anni M.DC.XXXXIV.*

Después de concluída la obra del aljibe, y ya hacia los fines del siglo XVII, se dió principio á la magnífica portada principal, obra grande y majestuosa por su altura y ornatos de no mal gusto de arquitectura, aunque afeada con algunos colgajos y moños, pero de muy buena escultura, pues que se ven en ella cuatro grandes estatuas, la de san Jorge en lo más alto del arco exterior, la de la Virgen Inmaculada, sobre la columna ó pilastra que divide las dos puertas contenidas en él, y abajo, al uno y otro lado, las de san Francisco y el sutil Escoto; todo ello trabajado con mucha diligencia y buen gusto en la hermosa piedra de Santañi.

Una casualidad indicó al autor de esta obra, y le hizo venir

á Palma para ejecutarla. Hallábase en Mahón, hacia el fin del siglo xvii, un grave religioso de este convento, en ocasión de que arribó á aquel puerto el arquitecto escultor Francisco de Herrera, que volvía de hacer sus estudios en Italia. Conocidos por el religioso su profesión y su talento, le propuso esta obra, de que entonces se trataba, como muy propia para emplearlos. Aceptó Herrera, vino á Palma, emprendió la grande obra y la llevó al cabo. Como larga que era, se acercó en esta ciudad y la eligió por patria suya (15). Á su muerte dejó un hijo y discípulo, llamado Gregorio, por cuyo medio se arraigó y fructificó en Mallorca el buen gusto de su padre. De este Gregorio fué discípulo el escultor don Miguel Tomás, alias *Moço*, que hoy vive, y á quien debo estas noticias, y de don Miguel lo fué su hijo don Francisco Tomás, aquel digno artista que acaba Palma de perder, excelente dibujante, y buen escultor en mármol, de quien ya dí á usted alguna noticia, que ampliaré cuando haya recogido las demás que espero de sus obras.

Mientras se trabajaba en reconstruir la parte arruinada del templo, no se descuidaban los prelados de mejorar y enriquecer su ornato interior. Ya en los principios del siglo, desechado el primer retablo de la capilla mayor, que era muy viejo y humilde, se había construído el actual, para el que trabajó la bella estatua principal del santo Patriarca el mejor escultor que produjo Mallorca, Jaime Blanquer. Las demás estatuas fueron hechas después por un hábil aficionado á la escultura, el caballero don Jerónimo Berard, que se ocupaba mucho en ella. Debe exceptuarse la del venerable maestro Raimundo Lull, pues que fué costeada por Baltasar Contesti, síndico del convento, que falleció en 1613, y en su testamento dejó sesenta libras para este fin. La de san Jorge fué acabada por el presbítero don Gabriel Coll, otro aficionado á la escultura, que trabajaba con mucho crédito en barro y cera. El cronista don Ventura Serra, á cuyos apuntamientos debo estas últimas noticias, dice, hablando de las estatuas, que las vació don Juan de Aragón, lo que me hace creer que sean de estuco ó de cartón. Las demás obras de otras capillas no entran en mi plan.

Pero el mismo cronista, loando la magnificencia de esta iglesia, añade: «Aunque en estos últimos tiempos se ha gas-

tado mucho en afearla con obras y adornos de muy mal gusto.» Tiene mucha razón, si como creo, alude á un gran zócalo de mármoles, que se sobrepuso por todo el interior del templo hacia la mitad del siglo pasado, sobre el cual se levantan entre los arcos de las capillas ciertos pilastrones de madera estriados y marmoleados al gusto moderno, y sin razón ni oficio alguno conocido, pues que nada carga sobre ellos, ni siquiera igualan en altura á los ya dichos arcos. Y si á esta deformación añade usted un blanqueo con fajas de pintura y colorines, con que se van embadurnando actualmente todas las paredes y bóvedas de este hermoso templo, hallará que nada han dejado de hacer los frailes modernos para desterrar de él su venerable antigua forma, cumpliendo á la letra lo que tantas veces resuena en su coro: *Recedant vetera, nova sint omnia.*

